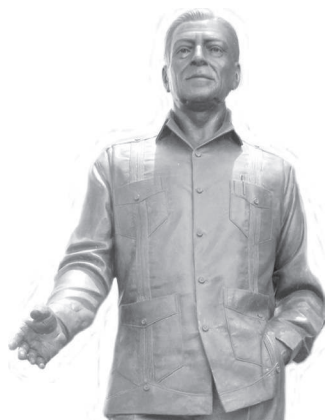




Un caso extraño

(9 septiembre de 1961)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2631

DOMINGO 28 DE FEBRERO DE 2021

La Casa Taller Juan José Arreola.



ESCRIBEN: Guillermina Cuevas, Adín Valencia, César Anguiano, Grace Licea, Miguel León, Eréndira Cortés, Magda Escareño, Ángel Gaona, Azul Sevilla, Leopoldo Barragán y Carlos Caco Ceballos.

Hasta luego Orso, Oso

Guillermina Cuevas

Teatro Hidalgo, Colima, tal vez 1964, digo tal vez porque no encuentro evidencias fehacientes que prueben esta nostalgia. Teatro Hidalgo, una obra del teatro del absurdo, el autor Juan José Arreola, probablemente Adán y Eva como protagonistas de este juguete teatral, la pareja adánica y edénica con problemas para pagar la renta, una escenografía apenas sugerida. Repentinamente el estallido de un arma de fuego, una mujer entre el público grita, proclama o declama su herida en el pecho, el vestido está manchado de sangre, aparece en el escenario el autor de la obra: vigoroso, exageradamente dramático solicita la ayuda de algún médico en la sala, el público conoce las extravagancias del escritor, la mujer sigue con sus lamentos, finalmente un médico se apresta a ayudarla, también es un actor. La obra continúa.

Confirmando el teatro Hidalgo, la ciudad de Colima, el año de 1964, si no tengo elementos de prueba tampoco importa, pero ahí estaba él, adolescente, dos años mayor que yo, Orso, Oso (a los hombres no les molesta que los comparen con algún animal poderoso, Oso, Orso). Fue probablemente la primera vez que lo vi, antes de la función teatral, tomando un licuado de nance, en una refresquería a la sombra de un bosquecito de bambú, jardín Torres Quintero.

Los Arreola tenían familias en Colima, por la calle Hidalgo, a un costado del Palacio de Gobierno. Todavía está la casa con su herrería como un gran bucle doblado hacia adentro. La Colima de ese tiempo era un pueblo ciclista y la calle Madero el centro comercial; “La muñeca”, mercería que ofrecía hilos y encajes, botones,

adornos, estambres, lentejuelas, chaquiras y chaquirones, fue propiedad de los parientes de Orso; no tengo idea de cuándo desapareció la tienda.

Muchos, muchos años después tuve el privilegio de su amistad, asistió a la presentación de un libro mío publicado por Puertabierta Editores, pero antes habíamos coincidido en la FIL de Guadalajara, en lecturas con Víctor Manuel Cárdenas, Carmen Villoro y Ernesto Lumbreras.

Con un grupo de taller sin taller, asistimos al último Coloquio Arreolino en una presentación muy afortunada, con lecturas y música. En otro desbordamiento, en otra de las intensidades que siempre lo caracterizaron, me nombró Embajadora Vitalicia de Jalisco.

En otra de las intensidades que siempre caracterizaron a Orso, me nombró Embajadora Vitalicia de Jalisco. me duele este recuerdo porque el vitalicio debió ser él.

este recuerdo porque el vitalicio debió ser él. Elocuente exagerado, engolosinado con las palabras, memorioso guardián de la memoria de su padre —conocía la obra completa y la recitaba sin esfuerzo—, sobrevivió a la fama de su progenitor y con fervor inusitado rescató la obra, escribió las memorias y se prodigó en afectos con los creadores de otras latitudes.

En la primera semana de marzo de 2020 lo vi por última vez, con el escritor colombiano Fabio Martínez fuimos a la Casa Arreola, para hacerle una entrevista.

¿Qué destino incierto le espera a la Casa Taller Juan José Arreola?

A pesar del dolor por su ausencia, conservo con gratitud el recuerdo de este hombre generoso, platificador, y espero que la administración de la cultura en este país valore los esfuerzos por conservar la obra de creadores esenciales para la historia del arte.

Hasta luego Orso, Oso.

Hay quien tiene su opinión —válida, por supuesto— sobre los talleres literarios. Juzgan, sin más, algo que jamás compartiré: la perspectiva de mermar la esencia, lo nato del tallerista, formando sólo moldes a modo del coordinador. Si así fuera, la Casa Taller Literario Juan José Arreola se hubiese alzado, desde siempre, como una fábrica de voces repitiendo al unísono versiones actualizada de la vida zapotlense o guzmanense, con los respectivos bestiarios, migalas incluidas.

Si así fuera, quienes escriben e intentamos escribir, formados en talleres, repetiríamos hasta el cansancio, sin igualar jamás, los estilos de Víctor Manuel Cárdenas, Guillermina Cuevas, Efrén Rodríguez, Verónica Zamora, Jorge Vega. El taller es un punto de encuentro, no deja de ser espacio para compartir, y escuchar, celebrar la creación, corregir cuando sea necesario, aceptarlo, siempre y cuando el argumento convenza. En los talleres se discute qué se entiende por literatura, y de paso, hacer amigos. Si al concepto de taller le agregamos casa, entonces se acentúa la fraternidad, hermanando a los participantes.

Haber fundado una casa-taller literario, que además es museo, resulta, sin duda, la mejor manera de honrar al padre. Dentro de ese inmueble, casa-taller ubicado en

prolongación Pedro Moreno S/N, de Lomas del Valle, en Zapotlán el Grande, Jalisco, sólo experiencias gratas tuve con el anfitrión, Orso Arreola, gracias a dos coordinadores, maestros y amigos.

Atestigüé, en primera fila, las palabras ofrecidas por Orso durante la presentación de *Bertha mira el infinito*. Sucedió el 27 de febrero de 2016, según el registro automático de la cámara de mi celular. Orso se paró de frente al público, en el extremo izquierdo del presidium, de lado, sin darle la espalda a nadie, para celebrar, apacible, la noche de poesía a propósito de esa comunión filial expresada por Víctor Manuel Cárdenas, con quien tuve la fortuna de tallerear de 2010 a 2017. Orso habló de poesía escrita en Jalisco y Colima. “Mi padre, antes que narrador, fue poeta de Jalisco”, aseguró.

Después, en el XII Coloquio Arreolino, talleristas también, pero en cuanto a narrativa, fuimos llamados por conducto de Guillermina Cuevas a cerrar el festival. Fue una fiesta de música y letras que a Orso entusiasmó, nos obsequió una botella de vino tinto reservada quizá para él. Pero lo mejor de la noche fue cuando el anfitrión nombró a Guille como Embajadora Vitalicia de Jalisco. Hay hermanamiento en este oficio, entre personas como entidades, gracias a sedes como la Casa Taller Literario Juan José Arreola.



Sucedió hace un lustro, el 27 de febrero de 2016. Orso se paró de frente al público para celebrar, apacible, la noche de poesía a propósito de esa comunión filial expresada por Víctor Manuel Cárdenas.



Jaliscoenses: Orso Arreola y Víctor Manuel Cárdenas, tras la presentación de *Bertha mira el infinito*, obra del poeta colimense, en la Casa Taller Juan José Arreola.

Memorias arreolinas de un devoto hijo

Grace Licea

El forastero llegó sin aliento a la estación desierta. Su valija, que nadie quiso conducir, le había fatigado en extremo. Se enjugó el rostro con un pañuelo, y con la mano en visera miró los rieles que se perdían en el horizonte. Desalentado y pensativo consultó su reloj: la hora justa en que el tren debía partir.
"El guardaguasas", Juan José Arreola

Evoco aquí a Orso Arreola Sánchez, hijo del escritor Juan José Arreola, fallecido el pasado lunes, en su amado Zapotlán El Grande, Jalisco, por sus estrechos lazos con los y las colimenses, puesto que nos consideró siempre a participar de las actividades culturales de la "Casa Taller Literario Juan José Arreola", de la que fue fundador y director vitalicio.

Dedicado devotamente a la obra de su padre, Orso escribió libros como *Vida y obra*, *El último juglar*, *Poesía y acuarelas* de Juan José Arreola, entre otros.

A Orso Arreola Sánchez lo conocí en una lectura de azotea, convocados por el colectivo "Transvolcánicos", una noche de caluroso verano en un centro cultural que estaba ubicado por el andador Constitución, en el centro de Colima. Alto, robusto, de aguda personalidad, vestido con una guayabera y de sombrero blanco. Al verlo, me pareció ver a Juan José Arreola por un rasgo en particular: la preciosa cabellera de platinados rizos.

Esa noche habían leído también algunos poetas de otras ciudades, entre ellos Andrés Cisneros, quien le hizo una entrevista esa noche y que, a propósito de haber sido subcampeón mundial de ajedrez en Rusia, le preguntó qué pieza ocuparía la poesía en el ajedrez y respondió sin titubear que sería la reina.

Efrén Rodríguez fue uno de sus amigos entrañables en Colima, Guillermina Cuevas y César Anguiano fueron también cercanos, con ellos y otros poetas como Ángel Gaona, Adín Valencia, Tish Roque, entre otros, tuvo siempre esa vía de comunicación de la que Juan José Arreola decía era Jalisco. La Casa Arreola fue siempre un espacio en el que fuimos recibidos con particular cariño y atenciones.

La última vez que lo vi, fue precisamente en la Casa Taller Juan José Arreola, custodiada por la estatua del escritor. Está edificada como una torre desde donde se puede ver toda la ciudad zapotlense, tan amada por el escritor.

Ese día había un grupo de estudiantes de Zapotlán a quienes acompañó en el recorrido por la casa arreolina, contando innumerables anécdotas de su padre, cada espacio, cada libro, cada objeto de la casa que tiene el espíritu de Arreola se manifestaba en los relatos del hijo.

A nosotros nos recibió también con entusiasmo y, además, manifestó emocionado que fuéramos de Colima. En el recorrido hubo una puerta que nos llamó la atención por el parecido con la del Hobbit en el film de Peter Jackson, y al hacérselo notar, dijo —Sí, mi padre era un hobbit, solitario y de brillante memoria, él también fue un hobbit.

Recuerdo esa mañana en la que disfruté de su compañía y de su emoción por la conmemoración del centenario de Juan José Arreola y de todas las actividades que se realizarían en la UNAM, la Universidad de Guadalajara y desde luego ahí en la Casa Arreola, encabezada por él acompañado de muchos notables escritores. La Casa Arreola que fue preservada por Orso, seguirá siendo un recinto donde existirá el

espíritu de Arreola y que contará también la historia de dos pueblos amigos, de dos ciudades hermanas, de dos historias paralelas de Jalisco.

Efrén Rodríguez fue uno de sus amigos entrañables en Colima. Guillermina Cuevas y César Anguiano fueron también cercanos. con ellos y otros poetas como Ángel Gaona. Adín Valencia. Tish Roque, entre otros, tuvo siempre esa vía de comunicación de la que Juan José Arreola decía era Jalisco.



De pie, a la izquierda, Orso Arreola. Al fondo, los escritores Guillermina Cuevas, Adín Valencia y Ángel Gaona, así como algunos músicos.

Embrionario

Calamidades

Magda Escareño

III Confusas frialdades:

Quedan contentos los que están sentaditos en las cómodas bancas del progreso regresivo; donde los otros, los que viven el dolor del pasado, del presente y del futuro, para los de las bancas, no existen. Es tan fácil estar sentados junto a los cómplices que frenan e infectan la conciencia.

Té para tres

Miguel Ángel León Govea

I

El tiempo es una idea.

Una idea es una ida y vuelta por el tiempo.

II

¿Qué pasaría si el cielo

no lloviera agua

sino tiempo?

¿De qué seríamos árboles?

¿De qué tendríamos pensamientos?

III

Así en el cielo como en mis adentros

Dios es el origen.

Pero no el tiempo.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Un caso extraño

Don Manuel Sánchez Silva

(9 septiembre de 1961)

Esta es la historia de un hecho verídico. Habrá quienes sonrían escépticamente al conocerlo y lo atribuyan al resultado de una imaginación exaltada y propicia para aceptar como realidad lo que no es sino fantasía. No obstante, la condición intelectual y moral de quienes en él intervinieron, lo avalan de seriedad. Y ahora, al grano:

Murió don Napoleón Ramos al poco tiempo de haber nacido su primera nieta. Ocupaba la familia Ramos Salido la casa donde ahora vive el señor don Carlos Aguayo Zendejas, en la calle Zaragoza, y frente a ella vivía su hija casada, circunstancia que facilitaba su visita y trato diario.

Por aquel tiempo, año de 1925, adquirieron interés los experimentos espirituales y abundaban las personas, pertenecientes a todas las clases sociales, que después de la cena se reunían en sesiones improvisadas de aficionados a “hipnotizar ovejas” y mesas de tres patas, hechas de madera y sin clavo alguno.

A título de mera diversión, los hermanos Ramos Salido se dieron a practicar los misteriosos ejercicios y, sentados en torno de una mesita que reunía los requisitos necesarios, colocaban las yemas de los dedos sobre la cubierta, según prescribían los instructivos, y se concentraban mentalmente en la idea de invocar al espíritu de determinada persona.

Se había convenido en que de acudir el espíritu invocado, haría notar su presencia y contestaría las preguntas que se le formularan haciendo levantar y dejar caer luego una de las patas de la mesa, conforme a un orden numérico y alfabético, en cuya virtud un golpe representaría la letra A, dos la B, tres la C y así sucesivamente.

Por espacio de muchas noches el experimento no se efectuó, pero en una ocasión alguno de los presentes sugirió que se invocara al espíritu del jefe de la familia, del señor don Napoleón, y después de

ocho o diez minutos de permanecer los circunstantes “hipnotizando” la mesa, sintieron, o creyeron sentir, que el mencionado mueble se levantaba de un lado, por lo que, entre curiosos y asustados, empezaron a llevar la cuenta de los movimientos y, una vez terminada la operación y descifrada la clave, se obtuvo esta frase como resultante: “Véanle los ojos a mi nieta”.

Por su mismo concretismo el mensaje despertó desconfianzas, por lo que los iniciados se interrogaron recíprocamente sobre si alguno había movido intencionalmente la mesa para producir un determinado efecto. Cada quien sospechaba de los demás, pero habiendo protestado todos su buena fe resolvieron tomar en serio el asunto. Había, sin embargo, el inconveniente de que ya era media noche, hora del todo inoportuna para despertar a los esposos Ramos Brun, pero, prevaleciendo el propósito, los hermanos Ramos Salido cruzaron la calle y llamaron a la puerta de su hermana y cuñado, respectivamente.

Al franqueárseles la entrada los visitantes expusieron la situación, aclarando que por un escrúpulo habían determinado incurrir en la imprudencia de interrumpir el sueño del matrimonio, pero éste, con el celo propio de los padres, decidió observar los ojos de su nieta, encontrando que los tenía completamente enrojecidos e indudablemente enfermos, por lo que fue indispensable llamar al médico de la familia, quien vio a la pequeña paciente y diagnosticó:

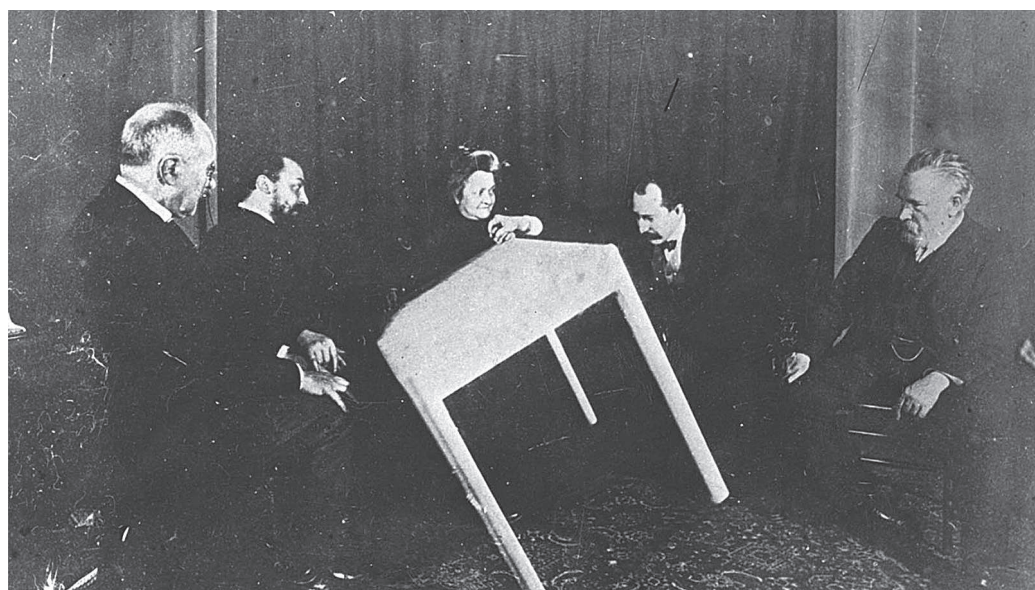
—Hicieron bien en llamarme. Se trata de una oftalmía infecciosa que debe atenderse inmediatamente.

¿Supercherías de alguno de los “espiritistas”? ¿Autosugestión? ¿Coincidencia o realmente un mensaje del más allá?... No soy yo quien pueda proporcionar la explicación satisfactoria, pero sí aseguro que lo anteriormente relatado es rigurosamente verídico.

* Periodista, escritor y fundador de *Diario de Colima*.†



A título de mera diversión, los hermanos Ramos Salido se dieron a practicar los misteriosos ejercicios y, sentados en torno de una mesita que reunía los requisitos necesarios, colocaban las yemas de los dedos sobre la cubierta, según prescribían los instructivos, y se concentraban mentalmente en la idea de invocar al espíritu de determinada persona.



Disertación sobre la muerte de un Oso

César Anguiano

Conocí a Orso Arreola hace doce o trece años. Mi amigo Juan Carlos Recinos me invitó a presentar en la Casa Arreola de Cd. Guzmán una revista editada en Tabasco, pero que pretendía circular a nivel nacional. Orso era el director de aquel centro cultural que alguna vez había sido casa de descanso de su propia familia. He olvidado el nombre de la revista. Podría hacer un par de llamadas y averiguarlo y asentararlo aquí, pero no quiero. Lo único que deseo es hablar sobre Orso, muerto la madrugada del lunes 22 del mes en curso.

Supongo que él se olvidó de mí después de esa primera presentación, y yo no podía dejar de devolverle el favor y también lo olvidé. No fue sino hasta el año 2014, gracias a la librería que se me ocurrió abrir en la tierra natal de su padre, que volví a encontrarme con Orso. Alguien me lo señaló en la calle, alguna vez, pero no me atreví a acercarme, a volverme a presentar. Sabía que como gente de libros, terminaría por ir a mi librería; así como yo terminaría por ir a alguno de los muchos eventos que organizaba a lo largo del año. Sabía, por alguna razón, que terminaríamos siendo amigos, pero no quise apresurar las cosas. Tal vez fui yo quien fue primero a sus eventos, a alguna de aquellas jornadas en torno a la obra de Juan Rulfo y su propio padre que solía organizar cada año. Recuerdo que alguna vez, en una de ellas, le comenté que debían filmarse, que lo que se decía sobre estos dos autores jaliscienses, y sobre muchos otros, era tan interesante, que era una lástima que no quedara ningún registro. Me dijo que ya existían planes al respecto, cosa que me alegró mucho. Aunque ignoro si al final pudieron elaborarse esos testimonios.

Antes de medio año de mi llegada a Cd. Guzmán visitaba ya él con regularidad la librería y yo la que había sido casa de descanso de su padre. Algunas veces tomábamos café y otras vino. Orso, como su padre, tenía el don de la palabra, cuando andaba en forma era imposible no quedarse arrobado, escuchándolo. Dudo que haya estudiado de la obra de Rulfo y Arreola, que sepa tanto al respecto como sabía el mismo Orso. Más de una década de organizar los coloquios arreolinos había hecho esto posible. Esta información, por supuesto, podía contrastarla con sus propios recuerdos. Podía desmentir muchas cosas, y como era un caballero, también callar otras, para no ofender la memoria de los ausentes, o de muchos presentes.

En tres o cuatro ocasiones cenó en mi casa. En una de ellas, incluso, acompañado de dos de sus hijos: Sara Arreola Cueca, que lleva el nombre de su bisabuela materna, y su hermano Juan José, así como de su ex esposa, Fernanda Cueca. También estuvo Jorge Vargas, quien había hecho parte de la cena. Pasamos una agradable velada de noche vieja, de la que conservo algunas fotos.

En otra de esas cenas, estuvieron también Paulina Velázquez, “Bolitocha” y Edgardo Aguilar. Recuerdo que esa ocasión cenamos paella, ensalada y, por supuesto, tomamos mucho vino y tequila. Casi puedo afirmar que fue en esta última reunión que Orso disertó sobre el origen de su nombre. Podía hablar horas al respecto. Comenzaba diciendo, por ejemplo, que el hombre no descendía del mono, sino del oso. Y que los primeros pobladores de Europa, veneraban a estos animales y por ese motivo los pintaban en sus cuevas. Decía que alguna vez, la mitad de los europeos –quien por supuesto no sabían aún que eran europeos, pues de eso hace más de veinte mil años– se sintieron descendientes de los osos y crearon una red de cavernas-catedrales llenas de

dibujos de bisontes, mamuts, ciervos y, por supuesto, osos. También afirmaba, mitad en broma mitad en serio, que por esa razón la familia de los Ursini, en Italia, se sentía la de más rancio abolengo en Europa, pues sus orígenes no los remitían a los merovingios, o a Carlos Magno, ni siquiera a los godos o a los visigodos, como otras antiguas familias, sino a los nobles y sacerdotes que en la Edad de las Cavernas, habían oficiado el culto del Oso. Orso sabía historias, pues, de los cinco continentes sobre los osos y podía hablarnos de ellas sin cansarse. Ignoro qué parte de lo que decía, lo había aprendido escuchando a su padre y qué parte gracias a sus lecturas; porque otra de las grandes cualidades que Orso heredó de su padre Juan José Arreola, aparte de su facilidad de palabra, era la del gusto por la lectura y los libros.



En una de esas cenas, mientras lo escuchaba, fue que se me ocurrió que podríamos trabajar en un libro y en varios artículos. Gravar la voz de grandes oradores y luego transcribir, con cierta edición, sus palabras, es una labor que se realiza con cada vez más frecuencia. Aunque por desgracia, no lo suficiente. Recuerdo, por ejemplo, las conversaciones que Salvador Márquez Gileta, el autor de *España, la calle*, tenía con su amigo Enrique de la Mora. Eran como dos espadachines de la palabra. Escuchándolos, uno no podía sino reírse y asombrarse del ingenio cáustico de ambos. Hubiera podido publicarse muchos libros divertidos con la transcripción de sus juegos verbales y falsas disputas. Pero a nadie se le ocurrió grabar esas conversaciones y mucho menos transcribirlas y publicarlas. Si el viento se lleva siempre con facilidad las hojas secas, con más facilidad se lleva siempre las palabras de los seres humanos. El mismo sentimiento de pérdida, de riqueza echada a la basura, de oportunidad desperdiciada, me embarga cuando pienso en todos los libros que Orso Arreola

hubiera podido dejar, si alguien se hubiera tomado el trabajo de encender una pequeña grabadora cuando él hablaba. Me consuela tener más de veinticinco horas de conversaciones registradas para un libro en el que estábamos trabajando. Un libro, que aunque se publique, por desgracia, quedará inconcluso. La idea era pintar la rica vida cultural de la Cd. de México en la segunda mitad del siglo XX, y el comienzo del XXI. Hablar del taller que su padre organizaba en su propio departamento de la colonia Cuauhtémoc, donde acudían personajes como Carlos Fuentes, Elena Poniatowska, José de la Colina y Juan Rulfo. Hablar de los encuentros y desencuentros de su padre con otros escritores famosos de la época, de su relación con Paz, con Fuentes, el placer que el mismo Orso había tenido de atender al ganador del nobel en su pequeña librería, abierta en el mismo barrio donde había nacido y conocido a tanto personaje importante de la cultura mexicana. Alguna vez me habló, incluso, sobre la separación de Octavio Paz y Elena Garro, de todos los malos entendidos que se generaron a partir de entonces, de cómo la gente se había lanzado a criticar y a murmurar sin conocer realmente los hechos ni las circunstancias de la separación.

El plan del libro en el que trabajábamos, era levantar e iluminar el castillo de la cultura en México en el siglo XX, pero como buen como buen investigador que era, Orso no sólo sabía sobre lo que le había tocado vivir, sino que leía y conversaba mucho con otros hombres de letras de su generación y anteriores tratando siempre de enriquecer sus recuerdos. Hubiera podido escribir muchos libros, pues, uno sobre la literatura

Dudo que haya estudiado de la obra de Rulfo y Arreola, que sepa tanto al respecto como sabía el mismo Orso. Más de una década de organizar los coloquios arreolinos había hecho esto posible. Esta información, por supuesto, podía contrastarla con sus propios recuerdos.

Orso sabía historias, pues, de los cinco continentes sobre los osos y podía hablarnos de ellas sin cansarse. Ignoro qué parte de lo que decía, lo había aprendido escuchando a su padre y qué parte gracias a sus lecturas: porque otra de las grandes cualidades que Orso heredó de su padre Juan José Arreola, aparte de su facilidad de palabra, era la del gusto por la lectura y los libros.

de la Revolución Mexicana, o sobre la vida cultural en México poco después de concluida ésta. Hubiera podido escribir artículos sobre Salvador Novo, sobre Pellicer y de muchos otros de quien olvido, por desgracia, el nombre.

Supongo que la Universidad de Guadalajara debió pagarle un secretario lo suficientemente instruido para ayudar a Orso en la escritura de esos libros. Por desgracia, los directivos de la mayoría de las universidades en el país, son más políticos que gente de conocimiento, como debería ser. Los recursos que se otorga a las universidades, no los reciben en calidad de administradores, ni lo administran para formar cada vez mejores profesionistas. En realidad hace mucho que no se sabe lo que realmente ocurre con el presupuesto de las universidades, lo cierto es que gente como Orso Arreola, gente que podría haber legado muchísimo más de lo que nos deja, deben realizar su labor siempre con un mínimo de recursos, o sin nada. Cuando un talento se pierde o sólo florece parcialmente, no se pierde sólo para sí mismo, por desgracia, se pierde para todos, pues no sólo es él el que se realiza sólo en parte, sino que todos nosotros nos quedamos, también, realizados a medias, al no poder conocer, ni disfrutar, ni estudiar las obras que estos personajes pudieron darnos. Hoy, antes de regresar a su lugar de residencia, luego de haber acudido al sepelio y a los homenajes que recibió su padre en Cd. Guzmán, el hijo de Orso Arreola, Juan José Arreola Cueca, publicó en su muro de Facebook que su padre había sido un resistente, alguien convencido que la cultura y quienes la generan, deben recibir algo más que las migajas que acostumbran recibir por parte de los políticos y dirigentes de las instituciones culturales.

Hace décadas que Orso Arreola y el maestro Ricardo Sigala eran los principales promotores culturales de la ciudad. Y ahora el maestro Sigala se queda solo. Una lástima que así sea porque Cd. Guzmán es, aunque pequeña, una ciudad ilustrada que ha dado grandes artistas al país. Pues para que otros como ellos sigan generándose, saliendo al mundo, hacen falta un entorno y una atmósfera que sólo los hombres ilustrados pueden generar.

Quizá también los políticos con verdadera voluntad, recursos y paciencia, trayendo incluso gentes de otras partes capaces de generar esa atmósfera. Pero por el momento no hay que esperar mucho de los políticos, y sí mucho de gente como Orso Arreola, Ricardo Sigala, o el doctor Vicente Preciado Zacarías, otro talento zapotleno que, sin ayuda de nadie, escribe y publica sus libros. Y se esfuerza, como todos los verdaderos creadores mexicanos, en conservar y expandir el universo de que es propiamente nuestro. Espacio y atmósfera que hacen posible que nos llamemos con orgullo, mexicanos.

Luego de enterarme de la muerte de Orso, estuve un par de días lamentándome de su partida, del libro que habíamos planeado hacer y quedará a la mitad. De no ser por la llamada de Julio César Zamora, responsable de este suplemento, pidiéndome que escribiera algo en homenaje a Orso, quizá hubiera permanecido varios días ensimismado, sin escribir nada, olvidando un día tras otro las grabaciones donde Orso nos cuenta su visión de la cultura en México durante la segunda mitad del siglo XX. Agradezco la llamada de Julio César, así como agradezco a la vida la oportunidad de haber conocido a uno de los hijos de Juan José Arreola, porque entre las pocas alegrías que a veces tenemos los hombres que creamos cultura en este país, está la de la amistad, la de la oportunidad de ser nosotros mismos, de poder hablar de lo que amamos y nos gusta alrededor de una copa, o una taza de café.

Las noches de Cd. Guzmán ya no serán las mismas sin Orso, sin su educación, sin su entusiasmo por la cultura, sin su conocimiento. Cd. Guzmán es más pobre, incluso México, como cuando se fue su padre. Las historias que él contaba ya nadie las contará, y aunque la Osa mayor y la Osa menor sigan existiendo en el cielo, ya nadie podrá señalárnoslas con el dedo con facilidad, ni nos explicará la diferencia entre una y otra, ni con que otros nombres fueron conocidas en otras culturas, en otros pueblos acaso ya extintos.

Orso. Oso, el digno hijo de su padre. Ambos capaces de hacernos ver el universo, el de abajo, el de arriba y el que llevamos dentro, con el solo poder de la palabra.



Hasta los tímpanos

Profetas

Eréndira Cortés

*La mutación será muy difícil,
Ciudad, provincia con el cambio
ganancia sacará:
Corazón noble,
prudente depuesto,
echado el que era hábil,
Mar, tierra, pueblo
su estado cambiará.*

Nostradamus

Me gusta creer que las canciones aleatorias, como el libro abierto al azar o esos consejos a buena hora, no son cosa fortuita. El tiempo me fue enseñando nuestro papel de intérpretes de eso que gritan el alma y las células, pero no siempre logramos traducir. Estamos rodeados de mensajes en espera de ser decodificados, sólo es cuestión de observar y escuchar con atención.

Al principio el 2020 me parecía relativo, presuroso de pronto y por momentos estático; pero había grandes expectativas y motivación por la nueva década. Una tarde a finales de febrero noté mi camino a casa más vacío de lo acostumbrado, percibí una atmósfera apocalíptica, como cuando sientes que algo en tu vida está a punto de cambiar.

En ese momento una canción acentuó el ambiente, tenía justo esa cadencia melancólica y mientras la escuchaba me quedé absorta entre el vaivén de la hojarasca. Aunque no entendía del todo el inglés, escuché con atención el mo-

nólogo del intérprete, sin embargo, sólo un año más tarde pude comprender el mensaje que Cotton Jones me transmitió aquella vez, no en su propio idioma, sino con su tono de voz y la sutileza de sus instrumentos:

*Todo se ha dado la vuelta
He estado esperando un pequeño
cambio*

*Cuando finalmente llegó
Sólo esperé a otro*

Esa tarde recogí un pichón herido que moriría al séptimo día. Me fue invadiendo la desesperanza y ese era solamente el principio del fin.

A casi 365 días de distancia me vuelvo a topar con esa canción, *I am the changer*, ahora todo cobra sentido y su ritmo me suena más a certeza. Cuántas veces me repetí “ya es hora de cambiar”, cuántas veces reproché mis circunstancias, mi generación, mi época, cuántas veces se me dijo “el momento es ahora”. Ansiaba un vuelco, un recomenzar, una nueva era. Hoy sólo sé que algún día podremos coronar este año como ese final transitorio, como esa descamación o esa crisálida.

Tal vez no somos profetas, pero sí podemos decodificar nuestro alrededor, seguir nuestra voz interior, confiar en el rumbo de la corriente, comprender que, aunque todavía no desembocamos al mar, seguimos estando dentro del agua.





De la forma estética

Leopoldo Barragán Maldonado

Un buen desayuno es indispensable para mantener óptima la salud física, y si lo acompañamos de una buena charla de sobremesa redundante nutriendo eficazmente el espíritu, por ello es importante compartir las viandas con amigos que estén en sintonía vibracional y en armonía espiritual; no sólo el alimento se transforma en energía, sino también las palabras, especialmente, aquellas que se constituyen como ejes centrales del diálogo y enriquecimiento personal. El amor y la amistad son valores morales que a nivel humano necesitan ser recreados constantemente, de lo contrario la sombra de sus antivalores los acecha cada momento; así que aprovechando las frescas mañanas de este mes de febrero, y con el pretexto de festejar el mal llamado 'día del amor y la amistad', nos reunimos un pequeño grupo de amigos para almorzar y filosofar acerca del fastidioso vuelo de la mosca que ronda nuestras cabezas. El menú es ordinario, el filosofar extraordinario.

Así como no hay café sin pan, tampoco hay convivio sin plan. Entre chilaquiles y machaca, acordamos realizar un retiro espiritual por allá en las proximidades del volcán de fuego, zona desde la cual se observa el mítico y misterioso 'cerro del Petacal'. Fue suficiente que mencionáramos esta bonita montaña para que la conversación se trasladara al campo de la estética, haciendo énfasis en el ámbito de la 'forma' como elemento subjetivo que interviene en la experiencia estética. Como toda experiencia es un proceso cognitivo dado en el tiempo y en el espacio, la consideración de la 'forma estética' quedó supeditada al relativismo de la perspectiva espacial; por ejemplo, desde diversos puntos geográficos es diferente la sensación estética que nos causa mirar el nevado de Colima; lo mismo puedo decir en el caso del cerro 'Petacal', hermosa montaña que la divisamos entre los tramos carreteros de San José del Carmen y Tolimán, Jalisco, colina que la tradición oral cuenta que está 'encantada' y sobre la cual corren numerosas leyendas. En lo personal la observo porque su 'forma' me despierta sensaciones y sentimientos agradables.

Si bien desde la óptica que estamos abordando distinguimos entre 'belleza natural', 'belleza emocional' y 'belleza estética', entonces cabe destacar que la 'forma' nada tiene que ver con el 'contorno' de un objeto, este es material, por consiguiente se refiere a las tres dimensiones que un objeto presenta, aquí estamos hablando de la 'belleza material'; mientras que la 'forma estética' es espiritual, mística, provoca la conmoción de los sentimientos, es lo que conocemos como 'belleza emocional'; por otra parte, la 'belleza estética' queda reservada a la artificialidad que el artista logra crear en su obra.

Dicho lo anterior, es 'bello' aquello que nos conmociona, independientemente de que las emociones generadas por el objeto contemplado, sean positivas o negativas, hay que tener presente que la belleza, en cuanto objeto formal del arte, también es moralizador. Platón no estaba equivocado cuando sostuvo que familiarizarse con las bellezas de la naturaleza y del arte

formal predisponía hacia la moral; efectivamente, es factible visualizar una línea epistemológica que nos conduce desde la simple apreciación de lo agradable, hasta el reconocimiento de los valores ecológicos, es decir, la contemplación estética de la naturaleza nos lanza a la reflexión de una ética planetaria.

Fenómenos semejantes ocurrían al sentarme en la playa de Cuyutlán y esperar pacientemente a que se levantara la famosa 'ola verde', aunque parezca simplón las olas del mar no tienen la misma 'forma', ni todas las que se alzan y rompen en aquella playa son 'olas verdes', si el oleaje en su totalidad tuviera la misma 'forma estética' carecería de sentido estar esperando la mentada 'ola verde', ni podríamos distinguirla, y por consecuencia, tampoco gozaríamos de aquella experiencia estética. Según las teorías del oleaje, éstas arriban en grupos donde la novena ola debe ser la mayor y más poderosa que sus anteriores, provocando en la sensibilidad del sujeto observador fuerte impacto visual y psicológico. En el arte se han plasmado estos efectos cargados de emociones trágicas, *La gran ola de Kanagawa*, y *La novena ola*, pintadas por Hokusai y Aivazovski, respectivamente, nos permiten plantear la hipótesis de que si la 'magnitud' es un factor que determina la experiencia estética. A dicha conjetura pudiéramos contestar afirmativamente si es que admitimos una estética sensualista, basada en el hedonismo visual, como lo hizo Santo Tomás de Aquino, pero en opinión personal el alcance intuitivo de la 'forma estética' va más allá de los sentidos. Si la 'forma estética' se redujera a la 'figura' o a los 'contornos', entonces todas las olas, los ríos, las montañas, los árboles, nos provocarían la misma experiencia estética y una sola sensación placentera.

Es cierto que tenemos en nuestra mente la 'forma' sensible de las olas, o de cualquier objeto de la naturaleza, dicho esto en lenguaje aristotélico como la forma que delimita la materia, pero recordemos que la 'forma estética' que aduzco rebasa lo material para incrustarse en el ámbito de lo místico, de lo mágico, es una 'forma' espiritual que arroba y conmociona, es la devaluación del sentimiento de belleza que intensifica su nivel de vibración, una experiencia en la que el sujeto no 'experimenta' realmente su experiencia espacio-temporal. Para tratar de comprender lo antes dicho, imaginemos que escuchamos a una orquesta sinfónica interpretar la *Novena* de Beethoven. En efecto, estamos en un lugar y tiempo determinados, ¿pero qué es lo que vemos y cómo la escuchamos? Está fuera de contexto histórico, quizá cerramos los ojos desconectándonos del suceso visual, vemos a los músicos, nos fijamos en los movimientos del director, Sartre diría que no estaríamos viendo lo que estamos mirando. *La Novena Sinfonía*, como cualquiera otra, tiene su 'forma estética', no la escuchamos en la realidad, sino en lo imaginario. Sólo espero volverme a reunir con los amigos para compartir matutino refrigerio, y esperar a que el primer piquete de un mosquito zumbón nos lance al mundo del filosofar, al universo de las formas.



La gran ola de Kanagawa es una famosa estampa japonesa del pintor Katsushika Hokusai, publicada entre 1830 y 1833.

Las olas del mar no tienen la misma 'forma', ni todas las que se alzan y rompen en aquella playa son 'olas verdes', si el oleaje en su totalidad tuviera la misma 'forma estética' carecería de sentido estar esperando la mentada 'ola verde', ni podríamos distinguirla, y por consecuencia, tampoco gozaríamos de aquella experiencia estética.



La novena ola es una de las obras más impresionantes del pintor ruso de origen armenio, Iván Aivazovski, pintada en 1850. El nombre hace alusión a la tradición marinera que atribuía a la novena ola de la tempestad el efecto más destructivo.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Relatos y capsulitas

Carlos Caco Ceballos Silva

PRIMAVERA 1993. Por los lejanos ayer bautizaban a los niños según les “venían” los nombres del “santoral”, y era la razón por la que nos topamos con doña Angustias, doña Remedios, doña Serapia, o doña Torcuato y con don Facundo, don Petronilo o don

Casimiro. Después, en los tiempos del cine mundo, las madres les ponían a sus “retoños” los nombres del muchacho y de la muchacha héroes de la película, por lo que empezamos a ver nombrecitos más bonitos: Blanca, Azucena, Gloria

Amapola, Arturo, José Luís, José Francisco, Álvaro, etc., y ahora con las telenovelas ya empezaron a oírse llamar a los niños: María Mercedes, Susana, Leticia, Aime, Cristina, Andrés, Alfredo, el pequeño Édgar, etc.

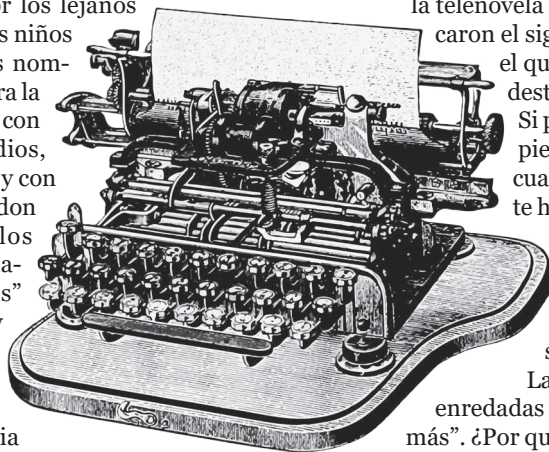
En enero 8 del 86, apareció en *Excelsior* un epigrama de Campos y Díaz que decía: Que el pueblo sepa cómo gasta el gobierno su dinero, sugiere Carlos Ceballos Silva de Colima. “Al pueblo no convendría revelar el dato, y basta iporque más e indignaría saber quién se lo gasta! Dice la prensa americana que Salinas tiene agallas. “Serán los gringos muy gandallas, pero para calificar son nuevos. Lo que allá llaman agallas, aquí se les nombra huevos...

Por el año de 1955, Carlos Larios era un jovencito empleado de la H. Cámara de Diputados y que por aquel entonces se encontraba precisamente en los bajos del Palacio de Gobierno. El día del natalicio de Juárez, el Sr. Diputado Juan Oseguera Velásquez le encargó que le comprara una ofrenda floral y que la llevara al Jardín Juárez donde se verificaría la ceremonia. Siendo que por esos ayer se entendía por ofrenda floral una corona, el joven empleado la compró y obediente la llevó a donde le habían indicado. Cuando llegó y la quiso entregar, el señor don Enrique Cuevas se rehusó con un gesto a recibirla, enseguida acudió con el diputado Alfredo Rocha, quien con señas y movimiento en la cabeza tampoco se la quiso recibir hasta que el diputado Emilio Málaga le dijo al oído: estamos festejando el natalicio, no su fallecimiento, así que lárgate con tu corona.

Lo que necesitan los ancianos es: vieja leña que quemar, viejo vino que beber, viejo libro que leer, y linda viejita para pelear.

Alfonso de la Madrid en alguna ocasión me pasó los datos de los extranjeros que vivían en el estado de Colima en 1869, es decir, hace 124 años. Por aquellos años moraban en nuestras hospitalarias tierras cinco francesas, cuatro suizos, un austriaco, once norteamericanos, cuatro ingleses y cuarenta alemanes, además de los andaluces y gallegos, simpáticos antecesores de mi “yerno de oro”.

Por el 87, cuando fuimos de paseo al suroeste, en Campeche, cuando visitábamos la casa donde se filmó



la telenovela *Yo compro esa mujer*, me platicaron el siguiente diálogo: “Hijo levántate, el que alba se levanta, llega bien a su destino y su quehacer se adelanta. Si papá, pero al que alba se levanta, pierde de dormir y en la oscuridad, cualquier bulto lo espanta. Levántate hijo, por tu santa madre que todo el novenario te cargó en la panza. Mira papá, no te metas con mi madre, pues usted solito la gozó y el trabajo de cargarme, se lo dejó a ella solita.

Las contratas es el remedio de las enredadas y de las que quieren “enredarse más”. ¿Por qué? Es la más socorrida pregunta de las afligidas, de las mortificadas y de las que se creen marcadas con la “mala suerte”. Me platican que cuando tenía su tienda don Doroteo García en la esquina de Gral. Núñez con Zaragoza, el niño Gustadito ya lo dejaban frente al mostrador para que ayudara y empezara a saber de las cuentas y de convencer a los clientes. Así es que una vez llegó un ranchero que acercándose con voz queda le preguntó: ¿Tiene polvitos de enamorar? Gustadito no lo oyó, así es que el otro le repitió más alto, y al oírlo el niño contestó negativamente, pero fue en el momento que Doroteo entraba al despacho alcanzando a oír tanto pedido como el no de su vástago. Y don Doro de inmediato le dijo que sí, ¿cuánto quieres?, hay paquetitos de cincuenta centavos y de un peso. El interesado, después de pensarlo, le dijo: déme uno de a peso. Doroteo se encaminó a la trastienda, hizo dobladito de papel y del pomo de maicena tomó lo necesario y como experto boticario dobló el paquetito regresándose a la tienda, llamó al ranchero al extremo del mostrador y en forma solemne y misteriosa le entregó el sobrecito. El ranchero le preguntó: ¿Y cómo se lo doy? Agarras solo un poquito y disimuladamente se lo pones en el agua fresca o en el vaso de leche, pero de ninguna manera le vayas a poner mucho porque entonces se te echa encima...

Varias agrupaciones feministas piden que se suprima el tratamiento de señora y señorita: “La mujer siempre tan culta/ Razón tiene en si insistencia/ Aunque resulta sabroso/ Quitarle la diferencia.

Hace algunos días leí unos comentarios de José Luis Villa Loga, un marqués socialista que entre otras cosas dice: Tanto la izquierda como la derecha, al llegar al poder roban. Los pobres, es decir, los de la izquierda, roban mal, porque no están acostumbrados y necesitan aprender. Mientras que los ricos, es decir los de la “derecha”, lo hacen bastante bien porque desde hace siglos lo han practicado, así es que ellos roban poco a poco y con mucha discreción y educación. ¿Serán ciertas esas aseveraciones?

Por hoy es todo, muchas gracias por leerme y hasta el próximo domingo si Dios quiere.

* Empresario, historiador y narrador. †

Otoño

Azul Sevilla

Hojas flotantes,
trémulos corazones,
amoríos en tez.

Misoginia pura (Proclama del fauno)

Ángel Gaona

Si creen que por poseer encantos inverosímiles de los que natura las ha dotado, o a veces, el diestro bisturí de un cirujano: les agrega, les disimula o les mejora, a cambio de jugosos honorarios; o porque el tintineo de sus voces subliman mi aparato auditivo al punto de la quadrafonía excelsa; o “piensan mal porque piensan” que vivo pendiente de sus denuestos por salir a lucirse “a todo lo que dan”, enfrascadas en la desleal cocpetencia de ser las más bonitas del espejo; o que por ser hijas de Afrodita, tener porte de semidiosas y altanería de potranca mitológica, me dominan, estoy a sus pies, y son motivo y razón de mis poemas. Quiero decirles que no vivo triste por esa causa. Mi tristeza “señoritas y señoras”, viene de la enorme frustración de no poder tenerlas a todas.